

¿qué motivo había?, ninguno.

Cuando vinieron al pueblo tenían que ir cada día al alcalde a decir buenos días o buenas noches, no sé si era por la mañana o era por la noche cuando iban, y cuando el alcalde ya se cansó de que fueran allí, pero no estaban controlados ya que en el pueblo todo el mundo se conocía, qué se iban a escapar, ¿adónde se iban a escapar?, la cuestión es que cuando se cansaron de que fueran les dijeron que ya no fueran, y entonces tenían que ir a Priego, que hay 16 kilómetros, a la guardia civil, una vez al mes, hasta que también se cansaron y dijeron: "Bueno, ya está bien".

Cuando estaban en Cuenca presos, pues resulta que ellos comían mal, ellos también comían mal, todos comíamos mal, pero hicimos una especie de comuna, y entonces fuimos cuatro mujeres del pueblo a hacerles comida allí en Cuenca, porque allí unas tenían familia otras unos amigos, y dos mujeres estaban en una familia y otras dos con unos amigos. Y bueno, pues allí se hacía la comida, pero desde el pueblo nos tenían que mandar lo que tenían, y bueno, estas mujeres también nos íbamos turnando, yo también estuve, yo tenía 13 años. Hacíamos la comida para todo el grupo de presos de Fuertescusa, ellos lo pasaban mal, pero nosotras lo pasábamos peor. Iba también Marceliana, que aquí tiene un hijo. En las casas que estábamos también lo pasaban mal, pero como también eran gente nuestra, pues lo pasábamos allí todos. Hacíamos la comida por la mañana, temprano nos levantábamos, porque como era a base de cocer, judías y cosas de estas, y todo con carbón, pues tenías que levantarte temprano, y allá ¿qué te diré yo?, ya no me acuerdo del horario que teníamos de subir. Allí había un autobús, pero como no teníamos dinero teníamos que subir andando, tú ya sabes Cuenca cómo es, estábamos en Carretería, abajo, y teníamos que subir con la cesta de la comida toda la cuesta arriba hasta el Seminario, que estaban allí, y al llegar al callejón antes de la explanada del edificio no te dejaban pasar, tenías que estar abajo en el callejón y subiendo de una en una, y cruzar la explanada aquella que hay a unas taquillas que había y allí dejabas la cesta. Entonces ya te daban otra del día anterior, y al día siguiente lo mismo. El jueves tenías que ir a llevarles la ropa. Comunicabas con ellos, pero de qué manera, que no te entendías de nada. Y un frío que hacía en invierno, la gente allí se rompió brazos y piernas, porque como nevaba y luego helaba y no tenías dónde cogerte, pues un desastre. Luego bajábamos otra vez andando igual, y de comer poquísimo.

De mi pueblo había una familia que tenía presos a dos cuñados y dos sobrinos, que ésta los denunció un tío y un cuñado de ellos. ¿Tú conoces a Álvaro que ha sido secretario del pueblo? Había uno que se llamaba Claudio Arias, otro que era mi suegro Eliseo, el abuelo de Paco, mi sobrino por parte de mi marido, a quien tú conoces, y un hermano que también les desapareció, y había otro que se llamaba Marino, y del apellido no me acuerdo, que todos esos eran familia.

Aquella reata de mujeres era una visión tristísima, porque con las caras que teníamos de no comer, que la gente iba hablando sola, y con la miseria, mal vestidas, y mal calzadas y mal de todo, es que era un desastre aquello. Yo, por ejemplo, me turnaba con mi hermana Marina, a veces estaba ella y a veces estaba yo, para que no fuera tan pesado, y las cosas que nos mandaban desde el pueblo, teníamos que ir desde el pueblo a donde pasaba el coche de línea ocho kilómetros, y allí a esperar hasta que pasaba la camioneta que bajaba de Beteta, la Campichuelense, que bajábamos al cruce del puente de Cañamares. Allí, si era pronto, teníamos que encender un poco de fuego porque nos helábamos de frío. A veces bajábamos a la hora y ya había pasado porque era..., un jaleo.

Yo, al colegio, ya no fui más, y entonces fue cuando nos vinimos aquí a Cataluña, después de haber pasado todo eso de la guerra, de mis padres, y de mis hermanos que quedaron de esta manera, pues, mi marido se vino un año antes que yo, yo me vine el año 1945, mi marido en 1944, se llamaba Gerardo Martínez, éramos todos Martínez.

En la historia de la familia de mi marido tenían unos episodios parecidos a los míos, mi suegro también había estado en la cárcel, también habían perdido a un hijo, de enfermedad pero a consecuencia de la guerra y éste ni siquiera llegó al pueblo, estaba en Lorca, mi suegro fue a verlo alguna vez, pero luego ya no se supo dónde estaba enterrado, y ahora allí en el cementerio no había nada de la guerra como si no